

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 11 de enero de 2012

Texto de referencia: El sentido religioso, capítulo XIV, Encuentro, Madrid 2008, pp. 191-202.

* *Parsifal (Canzone dell'ideale)*

* *Mandulinata a Napule*

Gloria

¡Feliz año nuevo a todos! ¿Y qué mejor para comenzar el año que este capítulo de *El sentido religioso*? Porque no hay ningún capítulo tan vertiginoso – podríamos decir –, ninguno que exprese mejor esa «pasión» (es la palabra que usa don Giussani) de la razón por poder conocer lo ignoto. Es la misma pasión, el mismo anhelo que acabamos de percibir en este canto napolitano, la tensión por «entrar en el misterio que subyace en la apariencia». Esto es lo que sentían Ulises y sus compañeros. Pero esta posición es una locura para la "sabiduría" de la mentalidad común. Y entonces cada uno de nosotros se encuentra ante esta lucha entre lo humano (es decir, el sentido religioso) y lo inhumano (es decir, la posición positivista). Y es la lucha que cada uno de nosotros vive en cada momento en su relación con la realidad: vivir las columnas de Hércules como un límite o como una invitación. Este es el drama de la vida.

He experimentado una enorme desproporción al leer este capítulo. Me decía a mí misma: la naturaleza de mi humanidad es ir más allá, pero, ¿será esto verdad? Según lo iba leyendo, la pregunta seguía dentro de mí. Al final terminé diciéndome que, en mi opinión, yo no estaba hecha así. Luego me fui de vacaciones y vino a verme una amiga haciendo un viaje a través de la nieve. Estaba muy contenta; por la noche se fue a dormir y me mandó un mensaje precioso que decía: «Pero, ¿quién es el que me quiere tanto para acogerme de esta manera?». Y yo le respondí: «Te envidio», y se lo expliqué al día siguiente. Ella había ido más allá, como dice el capítulo. Luego estuve con la señora que me ayuda en casa con la limpieza. Me contó que había estado en Venecia con su hija (que nunca había visto el mar), y me decía que, cuando llegaron, había roto a llorar diciendo: «¡Qué bonito el mar! Pero, ¿qué es lo que lo hace ser tan inmenso?». Fue otro impacto. Yo me dije: también en ella (que no es cristiana) lo humano ha ido más allá, por tanto es verdad lo que nos ha dicho don Gius de que nuestra humanidad está hecha para ir más allá. Entonces me di cuenta de que hay algo que bloquea mi humanidad a la hora de ir más allá. He vivido quince días de vacaciones en los que me he dado cuenta de que, si hubiese ido más allá, no habrían consistido en una queja continua o solamente un gran cansancio. Quiero comprender si hay algo que bloquea mi naturaleza humana.

Hay algo que bloquea. En efecto, aunque uno no sienta a veces que va más allá – y lo justifica diciendo: «Yo no estoy hecho así» –, la realidad relanza la cuestión a través de personas que, con una sencillez desarmante, testimonian que no es así, que no se puede

cerrar la partida tan rápido. Y se abre la pregunta: ¿por qué sentimos este bloqueo en nosotros? Nuestra amiga no está diciendo cosas de las que no tengamos experiencia: lo que ella tiene el valor de plantear delante de todos es lo que nosotros, a veces, no tenemos el valor de confesarnos ni a nosotros mismos. Entonces, ¿qué nos bloquea, aun teniendo a nuestra disposición un capítulo así, una propuesta así, a nosotros, que nos hemos encontrado con Cristo? Este es el drama; no estamos hablando solo de los hombres antes de Cristo, estamos hablando de nosotros, que experimentamos este drama. Por eso es justísima la pregunta que ella hace, porque nos pone delante una cuestión que debemos afrontar, porque es nuestro drama. No creamos que somos inmunes al positivismo solamente porque sepamos definirlo. No es suficiente para librarnos de él. Como vemos, nos sorprendemos de que estamos hasta el cuello de positivismo, y por eso la realidad, en vez de ser una invitación, es simplemente un límite que nos bloquea. Dejamos abierta la cuestión.

Este capítulo de El sentido religioso es quizá mi capítulo favorito. Siempre me ha fascinado, incluso estéticamente, tal vez por la referencia inicial al Ulises de Dante, que siempre me ha conmovido. En este tiempo en que nos lo has puesto como tarea, lo he leído muchas veces, y me ha impresionado el hecho de que estaba de acuerdo, incluso con entusiasmo, pero no veía ningún cambio en mí, y entonces empecé a preocuparme por ello. Antes de ayer participaba en una reunión contigo, y en un momento dado te planteé un problema referido a una situación sobre la que tenía un cierto juicio, y tú me dijiste – con respecto al hecho de que yo había intervenido diciendo: «Me parece que esto es justo, me parece que esto es equivocado» –: «No, mira, tienes que ir a esa persona y plantearle esta pregunta: "¿Qué exigencia refleja vuestro problema?"». Me quedé muy impresionada por tu observación, porque dejé de percibir este capítulo decimocuarto como un discurso y empecé a percibirlo como un movimiento con respecto a la vida, hasta el punto de que al día siguiente volví a leerlo después del cambio de posición que había supuesto tu observación, y empecé a entrar en él. Me parece haber comprendido esto: que mi Mediterráneo es seguir definiendo lo que es «justo o equivocado» (en el fondo, siempre me muevo así), mientras que es una presencia lo que te hace volver a percibir que tú eres Ulises. Y no traspasas las columnas de Hércules del Mediterráneo solo porque hables del océano, sino porque el océano presente te hace percibir de nuevo toda tu exigencia. La observación que me sugeriste plantear a esa persona es una observación que he percibido como dirigida a mí misma: era el mismo Cristo, que me hacía volver a percibir, como decías en el artículo en L'Osservatore Romano de Navidad, la amplitud de la exigencia que tengo (y que yo reduzco siempre). De repente, el capítulo ya no describía lo que yo debería ser, sino lo que soy. Me ha impresionado que ayer por la tarde, hablando con un amigo al que quiero mucho y al que he dicho muchas veces lo que hay que hacer, le dije: «Pero, ¿qué exigencia refleja este moverte tuyo?», usando sin darme cuenta la misma frase que me habías dicho el lunes, sintiendo en mí y en él este anhelo que dicta cada movimiento nuestro, ya sea justo o equivocado. Me ha impresionado también que esta mañana, en el colegio – estoy dando el nazismo – he hablado sobre los jóvenes alemanes de la "Rosa Blanca", desafiando a mis alumnos a partir de esa exigencia de

totalidad. Había pensado no hacerlo porque había juzgado de antemano que no comprenderían, pero me ha sorprendido que, como tú habías hecho de mí nuevamente un "Ulises", yo les miraba a ellos como Ulises.

¿En qué se ve nuestro positivismo? En que tratamos de cerrar la partida, definiendo lo que es adecuado y lo que no lo es. No es esta la posición existencial que introduce el vértigo en la vida, porque la ley antropológica – como dice este capítulo – consiste en permanecer atento a una voluntad que no conozco. Y esto, escribe don Giussani en la página 195, es la única actitud razonable, racional: «La verdadera ley moral [la que expresa mejor lo que somos] consistiría, pues, en estar pendientes de cualquier señal de este desconocido "señor", atentos a los gestos de una voluntad que se nos mostraría a través de la pura circunstancia inmediata. Repito [¡insiste!]: el hombre, la vida racional, debería estar pendiente del instante, pendiente en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias a través de las cuales me arrastra ese desconocido "señor" y me convoca a sus designios». ¡Pero nosotros pensamos que este «señor» está loco! ¡Pensamos que nosotros somos la medida de lo que este "señor", si fuese tan inteligente como nosotros, debería hacer! Y como continuamente nos provoca con algo que no comprendemos, que nos lleva más allá, más allá de una forma que nos parece absolutamente irracional, pensamos que este estar atentos de este modo es la mayor locura que pueda darse. En cambio, don Giussani prosigue: «Decir "sí" a cada instante [...] simplemente obedeciendo a la presión de las circunstancias. Es una posición que da vértigo»: esta es la verdadera naturaleza del hombre religioso. Pero, ¿quién puede vivir así? Tal vez lo hacemos durante unos instantes, pero después decaemos. Me escribe una persona contándome cómo está viviendo una circunstancia determinada: «Parto de un hecho que sucedió el 1 de septiembre de este año. Una amiga mía que estaba a punto de casarse, una chica con una inteligencia y una sensibilidad fuera de lo común, sufrió una hemorragia cerebral. Luchó entre la vida y la muerte durante casi dos meses. Este hecho me trastocó a causa de la amistad que tenía con ella y con su familia, pero también por mi profesión, soy médico. He atravesado varias fases. Primero traté de eludir la urgencia de las preguntas que la imponente de este hecho suscitaba, ocupándome de los aspectos médicos y organizativos: puse mi casa a disposición, estuve pendiente de las cuestiones médicas, etc. Iba a reanimación y me costaba cruzarme con su mirada vacía y con la mirada llena de preguntas de sus familiares, y escapaba con la excusa de ir a ver las radiografías u otras pruebas. En definitiva, evitaba el golpe dedicándome a actividades "socialmente útiles". Pero no pude mantenerme así por mucho tiempo, porque las cosas se precipitaban y la exigencia de significado que este hecho misterioso suscitaba no conseguía ya ser ahogado por la "distracción" de la actividad de médico. Entonces comenzó un diálogo ardiente con el Misterio, un diálogo sin tregua. He aceptado, o tal vez me he visto obligada a dejarme herir. La percepción de la vibración del ser se convirtió en el tejido de mi jornada como nunca lo había sido antes. Pude experimentar también que la vida, vivida como percepción continua y viva del Misterio, se vuelve intensa de nuevo. Empecé a apasionarme más con el valor de mi trabajo, con el destino de mis hijos, de mi marido, de mis amigos; las cosas quemaban más, es verdad, pero así se vuelve todo más intenso. Sin embargo – comienzo con los "sin embargo" –, he

experimentado que esto no basta. La persistencia en esta posición vertiginosa, que por otro lado es casi imposible de mantener durante mucho tiempo, me llevaba al final a un sentimiento de rebelión contra este ser sin nombre y sin rostro. Empecé a sentir la necesidad urgente de algo que me dijera: "¡Mujer, no llores!", y que me lo dijera con ternura y convicción. Empecé a sentir la necesidad de que alguien me propusiera un camino concreto, sin quitar nada de la percepción del Misterio, pero que al mismo tiempo me permitiese saborear la belleza de Su gesto inclinándose sobre nuestras vidas. En el momento en que lo deseaba, tal vez antes, sucedió [hubo algunas personas que le acompañaron en esta situación]. Si no hubiese habido alguien que se inclinara sobre mí y me dijera: "Mujer, no llores", sinceramente habría pasado de la percepción vivísima de un Misterio sin rostro. Estos hechos no han arrancado de mí el sentido del Misterio, que permanece más vivo que nunca ante mi amiga martirizada en el cuerpo y en el alma. Cuando fui a la Jornada de apertura de curso, en la que durante dos horas consecutivas hablaste de la vibración del ser, percibí tu reclamo como falto de significado, me parecía en última instancia triste y sin horizonte. Frente a una vida tan dramática pensé: pero, ¿por qué sigue Carrón hablando solamente de esta relación entre el individuo y el Misterio y no nos introduce, aunque sea tangencialmente, en una hipótesis de respuesta? ¿Qué sentido tiene este método? Parece que el vértice de todo es descubrir la relación con Alguien sin rostro que hace la realidad. Pero esto no me basta, como no les basta a mis pacientes ni a los amigos que sufren, pues estaríamos desesperados. Si este Dios sin rostro que hace todas las cosas no hubiese venido a la tierra haciéndose compañero y traspasando el dolor, como el de mi amiga o el mío, la realidad no tendría sentido y no podría ser, de ningún modo, positiva. Sé que estoy exagerando, y que el 26 de enero no dijiste esto, pero sinceramente me parece que la insistencia en estos aspectos se expone a ciertas desviaciones irracionales como – podríamos decirlo así – si existiese una contraposición entre Cristo y la razón. La realidad puede ser muy bonita, pero también dramática y dolorosa si no soy vencida por el cinismo existente y consigo conservar una posición pura (cosa de por sí bastante difícil si uno está solo), como mucho llego a percibir la existencia de Alguien sin rostro que hace esta realidad, pero luego caería mil veces al no poder sostener este vértigo, para terminar frustrada y desilusionada como todos. Entonces, es absurdo seguir creando esta contraposición entre la percepción del Misterio, la inexorable positividad de la realidad y la necesidad innegable de la Revelación. Sin embargo, nuestra comunidad se está dividiendo a causa de esta dicotomía inútil. Me parece que se nos propone como modelo una relación protestante con un Dios sin rostro que al final asume los contornos de lo que me resulta más cómodo o, peor aún, de una proyección enferma de mi pensamiento». Cada uno puede juzgar si esta fue la propuesta del 26 de enero... Porque el 26 de enero, si de algún punto partí, fue precisamente del opuesto: partí del encuentro cristiano, del hecho de Cristo como experiencia real. Giussani siempre ha dicho que nuestro punto de partida no es el sentido religioso natural, sino el anuncio cristiano; y se ve que el anuncio cristiano ha penetrado en un hombre porque despierta sus exigencias originales. El punto de partida fue este, y el desarrollo de la lección fue este. En el cuarto punto, que es el que me interesa para unirlo con el capítulo de hoy, decíamos: «Sólo un cristianismo que conserva su naturaleza original, sus rasgos

inconfundibles de presencia histórica contemporánea – la contemporaneidad de Cristo – puede estar a la altura de la necesidad real del hombre y ser capaz de salvar el sentido religioso», es decir, la posibilidad de entrar en cualquier circunstancia por muy vertiginosa que sea. Y añadíamos: «"Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!" [...]. Esta belleza, como resplandor de la verdad, es lo único capaz de volver a despertar el deseo del hombre y mover tan poderosamente su afecto que hace posible continuamente la apertura de su razón a la realidad que tiene ante sí [...]. La contemporaneidad de Cristo permite a la razón toda su apertura, haciéndole posible alcanzar una inteligencia de la realidad antes desconocida: cualquier cosa, cualquier circunstancia, incluso la más banal, se ve exaltada, se convierte en signo, "habla", resulta interesante de vivir. El hombre que ha sido despertado y sostenido por la presencia de Cristo puede vivir finalmente como hombre religioso [hasta tal punto que titulamos el último punto: «Cristo salva el sentido religioso»: por tanto, seguir contraponiendo ambas cosas va en contra de lo que dije], puede sostener el vértigo de la vida, circunstancia tras circunstancia [cualquier circunstancia]». Y más adelante decía: «La contemporaneidad de Cristo se revela de este modo como algo indispensable para vivir en plenitud el sentido religioso, es decir, para tener la actitud justa ante la realidad», para vivir ese vértigo que ni siquiera se nos ahorra después de la Encarnación, como describe la carta que os acabo de leer. Sin el reconocimiento de la contemporaneidad de Cristo, lo que desaparece es este empuje del sentido religioso. ¿Por qué insiste don Giussani en el uso de la razón? ¿Por qué insiste el Papa en el uso de la razón? ¿También ellos son protestantes? ¡Me parece demasiado! En realidad, aquí asoma de nuevo lo que nos decía con sinceridad la amiga de la primera intervención de esta noche: uno puede estar delante de la realidad después de Cristo sin que se despierte la dramaticidad ante la realidad. Don Giussani lo explicaba así en una conferencia que dio en 1985: «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; tenemos por tanto una fe no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma». Cuando don Giussani dice esto, ¿está hablando de algo que todos podemos reconocer en nuestra vida o no? Después de Cristo podemos estar aplanados, porque podemos saber las fórmulas cristianas y no tener el sentido del Misterio. Es evidente que, si no se despierta en nosotros constantemente este fundamento humano, la realidad no nos habla. Si un testigo nos facilita esto, entonces la realidad empieza a hablarnos, como dice esta carta: «Al final de la última Escuela de comunidad, al volver a casa y saludar a mi mujer, le dije que después de lo que te había escuchado decir, que había producido en mí un gran impacto, ninguna circunstancia podía ya abatirme. La claridad era total. Estaba convencidísimo de que no podía existir circunstancia alguna que me impidiese reconocer la presencia de Alguien que nunca me dejará. Cinco días después se abrió un proceso de regulación en mi empresa que no se sabe a cuántos despidos conllevará. Yo, a pesar de haber sido durante años representante sindical, de haber vivido con anterioridad procesos semejantes, en esta ocasión me quedé completamente paralizado.

El mismo tiempo de Navidad lo he vivido con un vacío indescriptible. En fin de año, mi mujer, con toda razón, me dijo: "Pero, ¿qué te está pasando? ¿No eras tú ese que hasta hace pocos días decías que no había circunstancia que te pudiera abatir nunca?". No fui capaz de responder. Como consecuencia del asunto del trabajo, sentía un vacío dentro de mí que no conseguía llenar con discursos, con fuerza de voluntad o pensando en mi familia, ni siquiera en mi nieto o en la responsabilidad que tengo dentro del movimiento. Creo que por primera vez no he dado un paso atrás poniendo todo entre paréntesis; he seguido adelante hasta el fondo partiendo justamente de ese vacío inmenso, de esa falta; no tenía que moverme. Y precisamente a partir de ahí, de esa falta que nadie podía llenar, he comenzado a percibir de nuevo Su abrazo, hasta afrontar incluso el problema sindical con una alegría inesperada. No sé si me equivoco, quiero que me corrijas, pero sin el recorrido de la razón que desde hace tiempo nos estás proponiendo hacer, al final habría arrinconado todo el asunto discretamente sin dejarme herir. En cambio, profundizando sin censurar nada ese surco que poco a poco se estaba convirtiendo en un abismo y que me hacía sentir muy mal, he vuelto a respirar, sintiendo de nuevo sobre mí la ternura de Dios: no se escandaliza de mi debilidad, va más allá, y menos mal que es así». Si nosotros, ante las circunstancias que no se nos ahorran después del encuentro que hemos tenido, no podemos afrontar la realidad así, poco a poco Cristo dejará de mostrarse vencedor, capaz de generar una criatura nueva, es decir, un sujeto distinto que nos permita entrar en la realidad. Y al final, vivir el contenido de este capítulo decimocuarto es absolutamente imposible. Pero no lo podemos vivir solos, necesitamos constantemente ser generados, necesitamos constantemente la contemporaneidad de Cristo para poder entrar en cualquier circunstancia con una tranquilidad profunda y una capacidad de leticia, que es lo que nos ha testimoniado el mismo Cristo, porque Cristo no se retiró de la realidad, sino que entró en ella, y no como nos cuenta este otro amigo (leo y después respondo): «Desde hace algunas semanas vivo con un gran peso. Estoy a punto de perder el trabajo, no sé todavía si es cuestión de semanas o de meses, pero es algo seguro. Este hecho inesperado e injusto me ha sumergido en el malestar y en el pánico. En esta circunstancia he tocado fondo. En estos meses he rezado, he pedido, he seguido. En este instante, mientras decido escribirte, estoy pidiendo poder reconocer al Señor. Muchas veces a lo largo del día me parece que Él no responde, no tanto porque mi problema sigue sin resolverse, sino porque no consigo mantenerme dentro de la circunstancia sostenido por Su presencia. Es como si fuese solamente una premisa [y una premisa no es capaz de sostenernos. Si el cristianismo es una premisa, si el cristianismo es una mera doctrina, si el cristianismo se reduce a un conjunto de reglas que ya conocemos, no es suficiente para entrar en la realidad] y no una presencia dentro de mi repulsión con respecto a la circunstancia del trabajo. Pero sin Él soy incapaz de mantenerme en pie, ni siquiera cuando estoy en compañía de los amigos o entre los brazos de mi mujer; en verdad nada basta. No sé por qué Él permite todo esto: quedarme sin trabajo, el abatimiento... No tengo respuestas, para mí es algo misterioso, pero me gustaría poder decir con sinceridad que es para mi bien [en esto consiste el deseo, lo que uno desea para sí], poderlo decir, poder adherirme a esta circunstancia, a esta forma absolutamente banal a través de la cual el Misterio me está llamando. Lo digo, pero en el fondo muchas

veces no lo creo. No consigo repetir las palabras del padre Kolbe: "No os pido unas instrucciones de uso, os pido que sostengáis mi camino". Esta mañana, después de haber rezado mal Laudes y de haber leído mal la Escuela de comunidad, he dicho: Señor, enséñame a rezar, porque "llamado a mirar a lo alto, no soy capaz de elevar la mirada". Cristo está, pero la dificultad es reconocerle y pegarme a Él. Es increíble, pero si Él no es lo que más deseo, permanezco fluctuante». Este es nuestro drama, el drama de cada uno de nosotros. Pero, ¿qué es lo que Cristo nos ha testimoniado? ¿Qué ha hecho ante nosotros este hombre? Ha entrado en la circunstancia sin retirarse, sin fluctuar. ¿Cómo? ¿Él solo? No, gracias al vínculo absoluto e indestructible con el Padre, en el que quiere introducirnos también a nosotros. Jesús no se detiene en la apariencia, no pelea en el huerto de los Olivos o con Pilato, Herodes o el sanedrín: Su diálogo es con el Padre. Cristo ha entrado en la historia, y desde ese momento nunca estamos solos. Sin esta conciencia, nosotros nos haríamos ilusiones de poder vivir como hombres religiosos, incluso de estar juntos; pero la verdadera cuestión es este diálogo en el que Cristo nos ha introducido para ser hijos en el Hijo, para pegarnos a Él con tanta fuerza que podamos vivir cualquier circunstancia como hijos, sin introducir una sospecha, una duda en nuestra relación con el Padre. Entonces, esto nos muestra el recorrido que nos queda por hacer para que nuestra certeza en la relación con Cristo haga que no disminuya la razón, el afecto o la libertad, sino que la haga verdaderamente posible. Esto es imposible sin Cristo, pero Cristo no se puede reducir a decir: «Cristo», porque luego, ante la realidad, vemos constantemente que no nos basta. Por tanto, o Cristo – como nos hemos dicho todos estos meses – es algo que está sucediendo ahora en la comunidad cristiana, y entonces podemos entrar en cualquier circunstancia, o bien es imposible afrontar la realidad de forma totalmente humana. Cristo hace posible vivir la vida con toda mi razón, con toda mi humanidad. Él es el único capaz de salvar el sentido religioso, pues en caso contrario basta que cualquier cosa nos altere para dejarnos fuera de combate. Esta es la verificación que debemos hacer: ¿es capaz Cristo de generar un sujeto así? La experiencia cristiana en la historia, ¿es capaz de generar un sujeto así, una criatura nueva? Esta es la cuestión. Es el trabajo que nos espera.

El **miércoles 25 de enero** a las 21.30 haremos la presentación del texto de la nueva Escuela de comunidad, el segundo volumen del Curso básico de cristianismo, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, de don Giussani.

La presentación – ocasión de un encuentro público de CL al que podéis invitar a todos – podrá seguirse, como el año pasado, en directo desde Milán.

Hasta este momento hemos tenido nuestro encuentro en conexión cada quince días, como testimonio de un método para hacer la Escuela de comunidad. Después de la presentación del 25 de enero tendremos un encuentro una vez al mes aproximadamente, para verificar el trabajo realizado, de modo que cada uno pueda comparar el trabajo que ha hecho (con los grupos con los que os reunís habitualmente) y el encuentro que se producirá a final de cada mes, durante la conexión. Esto trata de favorecer, como dijimos desde el principio, que se haga un trabajo personal.

En el número de *Huellas de enero* se adjunta el cuadernillo con el texto de los Ejercicios del CLU. Hemos querido que estuviese disponible para todos, como ayuda para una mayor conciencia de qué quiere decir que la realidad es positiva, porque este tema ha suscitado un gran debate. Es un intento sintético de responder a esta cuestión: por qué es positiva la realidad y cómo salva Cristo la razón, la despierta, y es capaz de generar un sujeto capaz de usar la razón de forma distinta ante la realidad.

El Banco Farmacéutico organiza el **sábado 11 de febrero de 2012** la XI Jornada nacional de recogida de medicamentos en unas tres mil farmacias. Invitamos a todos a dar a conocer la iniciativa y a participar como voluntarios en las farmacias en este gesto sencillo de caridad. Los medicamentos recogidos permitirán ayudar a mil doscientas asociaciones italianas que asisten a cuatrocientos mil indigentes. Para más información, consultar la web www.bancofarmaceutico.org

Veni Sancte Spiritus